





Pilar Eyre nos sumerge en la biografía íntima y secreta de una mujer de sensualidad inocente y refinada que, llegada a España en los años setenta desde su Manila natal, acabará convirtiéndose en una destacada figura de la alta sociedad de la época. Apasionada, libre, divertida y gran amante de los placeres, Muriel protagonizará una ardiente y tortuosa historia de amor junto a un apuesto y seductor artista que lucha por encaramarse al éxito.

En la tradición de los mejores *roman à clef*, esta palpitante narración esconde bajo su máscara de ficción a personajes muy reconocibles a los que la autora desnuda hábilmente con su pluma. Lleno de detalles inéditos, de anécdotas cautivadoras, de risas y de lágrimas, es un libro que atrapará al lector de principio a fin con una historia tan sorprendente como escandalosa.



Pilar Eyre (Barcelona, 1951) estudió Filosofía y Letras y Ciencias de la Información. Ha ejercido el periodismo como columnista, entrevistadora y reportera en diversos periódicos y revistas (*Hoja del Lunes, Mundo Diario, La Vanguardia, Interviú, El Periódico de Catalunya, El Mundo* y *Yo Dona*) y ha colaborado también en varias emisoras de radio y televisión.

Es autora de numerosos libros, entre ellos *Dos Borbones en la corte de Franco; Secretos y mentiras de la Familia Real; Ricas, famosas y abandonadas; Vips: todos los secretos de los famosos; Mujeres, veinte años después; Cibersexo; La reina de la casa* y *Franco confidencial*. También es autora de las novelas *Todo empezó en el Marbella Club* y *Callejón del olvido*, y de la biografía *Quico Sabaté, el último guerrillero*. Sus relatos históricos *Ena, Pasión imperial, María la Brava* y, sobre todo, *La soledad de la reina* la han convertido en todo un fenómeno editorial.

En 2014 resultó finalista del Premio Planeta con *Mi color favorito es verte*, que ha tenido un gran éxito de crítica y público. La obtención del galardón es el punto de partida de su hasta ahora última novela, *Nomeolvides*, que narra sus peripecias profesionales y amorosas tras ese hito y su búsqueda del elixir de la eterna juventud

***Una historia que a todos nos suena… pero de la que no sabemos nada.***

***Unos personajes de cuyas intimidades creemos estar al corriente… pero que sólo ahora son desnudados.***

***Un viaje al reverso del papel* couché *en el que, a diferencia de lo que ocurre en el mundo cruel del espectáculo, nada es mentira… ni es verdad.***

Muriel Krosby Segura es una joven filipina de impecable pedigrí, aunque como todas, su familia tiene problemas y secretos.

Dueña de una gracia alada, a los 15 años se enamora de un hombre que le dobla la edad, lo cual obliga a su madre a tomar una drástica determinación: la niña viajará a Madrid, donde vivirá con el tío Rodrigo y la tía Daisy, que si bien se muestran como matrimonio viven en pecado. Lo cual, y no deja de ser una señal de la hipocresía de la época, no les impide ocupar una posición privilegiada en la pacata sociedad española de principios de los 70 e incluso mantener buenas relaciones con los gerifaltes del régimen y sus familias.

Y en ese Madrid sofocante e hipócrita la niña conoce a Luis Conde, un chico de familia afecta al régimen con mejillas chupadas, dentadura ciclópea, cojera inocultable y tartamudez nerviosa, que no ha terminado la carrera de abogado y dice que quiere ser cantante.

¿Amor a primera vista? Buenoooo... A ella él le hace gracia, y poco más. Pero él sí cae instantáneamente preso del encanto enternecedor de Muriel. Y cuando (llámalo amor, o sexo) ella se queda embarazada de él, él, que es un caballero español, sigue el consejo de su padre aun a sabiendas de que eso va a disgustar a su madre: «si dejáis una chica embarazada, hay que cumplir y casarse con ella».

Y lo hace, a pesar de que el momento no es propicio: su carrera musical es sólo un proyecto en el que apenas creen el propio Luis y su amigo y mánager Fernando Abad, y de que casi todo lo que le ha contado a Muriel sobre sus éxitos es mentira.

Y lo hace, porque se da cuenta de que la boda es una magnífica oportunidad de promoción: da el sí sin dejar de mirar a la novia (ni de ofrecer su mejor perfil a los objetivos de las cámaras).

Y lo hace, aunque no está dispuesto a renunciar a sus privilegios: para Luis serán los viajes, la fama, la gloria, que tarda en llegar pero acaba llegando; para Muriel, la obligación de tener la cueva en buenas condiciones, darle placer cuando su hombre lo busque y cuidar de las crías: tres, concretamente.

Un destino mediocre al que al principio ella se resigna. Hasta que hace un doble descubrimiento: que Luis el celoso y posesivo le es infiel, de manera pública y reiterada. Y que ella, Muriel Krosby, tiene brillo propio. Que las revistas se la rifan. Y que parpadeando lentamente, sin hablar y sonriendo un poco, los hombres caen como moscas.

**LA OBRA**

Una novela más, Pilar Eyre hace gala de un sentido del humor corrosivo que en esta ocasión destila sobre una España timorata y beatona, la del fin del franquismo, y unos personajes grabados en nuestra memoria sentimental. También en la de los más jóvenes porque, aunque el tiempo ha pasado, el paisaje sigue habitado por las mismas figuras.

Eyre, a la que casi vemos iluminarse mientras escribe, nos cuenta una historia sencilla pero llena de matices desconocidos: la de una muchacha filipina de buena familia que en España pasó de niña a mujer.

Sólo que ésta lo hizo en brazos de un improbable *latin lover* que en un tiempo de grandes voces (Raphael, Nino Bravo) y cantautores (Serrat, Victor Manuel) se sabe predestinado al triunfo no por unas cualidades canoras que no le adornan (él canta bonito pero bajito), no por sus habilidades como letrista y músico (sabe que escribe con los pies e incluso en un gallego inventado, y pronto ha de recurrir a las composiciones de otros), sino porque ha desarrollado una manera especial de mirar dejando caer los párpados de una forma tan triste y melancólica que consigue que todas las mujeres de la tierra deseen consolarlo y amarlo.

Pero aunque la novela es, en buena parte, la historia de los fracasos y las desilusiones de Luis, de su perseverancia y su consagración, de sus modales de truhán y sus maneras de señor, el corazón del relato es una eclosión: la de una flor exótica que florece para dar vida, color y materia de cotilleo a una sociedad triste y gris.

Y ese proceso es descrito por la autora con la precisión del entomólogo y la fuerza del cronista social que, liberado de compromisos, puede al fin contar lo que sabe.

Porque aunque el lector memorioso cree saber cómo acabará todo, si lee paciente acompañará a Muriel en su progresiva toma de conciencia. Sabrá de su inseguridad y sus temores iniciales. De su sumisión. De su aguante ante las embestidas amatorias y las tormentas vejatorias a las que es sometida como quien se da una ducha alternante de adoración y desprecio, y así una y otra vez. De su soledad en un ambiente hostil. De cómo sus hijos se convierten en la única razón de su vida.

Pero ese lector entregado percibirá pronto las señales (el fotógrafo francés que elogia su elegancia y quiere fotografiarla, los comentarios mordaces que sus amigos hacen a propósito de su marido…) que a Muriel le van llegando, y que ella se resiste a entender. Y asistirá a la eclosión de esta *socialité* en ciernes, a la que abandonaremos cuando apenas empieza a intuir su destino.

Así, Muriel y Luis, que tanto nos recuerdan a esa pareja que vino a romper todos los moldes, crecen y cambian ante nuestros asombrados ojos en medio de un coro de personajes conocidos y, estos sí, plenamente identificados a los que Eyre pone en su sitio de un plumazo.

Porque la periodista Eyre quizá callaba más de lo que contaba… pero Eyre la novelista está en condiciones de contarlo todo.

**LOS PERSONAJES**

Los protagonistas absolutos son Muriel y Luis, pero no están aislados del mundo, ellos son ellos y sus circunstancias familiares y sociales.

La familia de él tiene un papel relevante en esta historia. La madre de él, Chelo, que no traga a su nuera…

*Para Chelo, ella siempre sería la China, esa mala pécora que había pescado a su Luisito con sus pérfidas artes amatorias, como si la vida fuera un episodio de Hazañas Bélicas, los tebeos que leían sus hijos de pequeños. En esos cómics, el malo siempre era un oriental de ojos rasgados, pelo muy negro y uñas largas.*

El padre de él, el doctor Campos Soto, que además de médico y mujeriego, es profeta…

*Murielita, todo esto es porque estás casada con Luis… —carraspeó, fingía no conocer sus problemas conyugales—. Si algún día decides dejarlo, que sepas que nadie te volverá a hacer ni una foto en la vida.*

… y clasista.

*Bueno, no estaría de más que [mi hijo] acabara la carrera, eso sí. Incluso porque un cantante abogado vestiría más, lo diferenciaría de Raphael, que, sí, vale, tenía una gran voz, pero era hijo de un obrero ferrallista, y no digamos Joselito y toda esa tropa.*

Además, la pareja vive en un mundo plagado de personajes conocidos, que desfilan a cara descubierta o son invocados sin tapujos.

Muriel es amiga, entre otros, de Carmencita Martínez-Bordiú, nietísima de su «abu», cuya vida transcurre (casi) paralela a la de la protagonista.

*Carmencita se casaba con el príncipe Alfonso de Borbón e iba a ser princesa. Con bastantes posibilidades de llegar a reina si Franco decidía quitarle el título de sucesor a Juan Carlos y dárselo a su primo Alfonso, que al fin y al cabo también era nieto del último rey Alfonso XIII y además se había casado con su nieta.*

*Hacía apenas un mes Carmencita la había invitado a su casa de la calle Hermanos Bécquer. Muriel, creyendo que iba a una reunión de amigas, se había vestido con pantalones pata de elefante y un blusón medio hippy.*

*Le llamó la atención que le abriera la puerta un criado desconocido con chaquetilla de rayas y gesto circunspecto, y que, precediéndola por el pasillo, guardara absoluto silencio. Los pasos, amortiguados por la gruesa alfombra, resonaban con lúgubre solemnidad. Al llegar a la puerta acristalada del salón, que otras veces había cruzado sin formalidad para encontrarse a su amiga escuchando música tendida en un sofá rodeada de envoltorios de caramelos, botellas de Coca Cola y revistas desperdigadas por todas partes mientras algún hermano pequeño veía la televisión, el criado se detuvo. Se hizo a un lado, abrió y, ante su asombro, la anunció:*

*—La señora de Campos.*

*Entró sobrecogida por ese ambiente de tedeum creyendo que el salón estaría vacío y cuál fue su sorpresa cuando se encontró a Carmen sentada en una silla muy alta, rodeada de su grupo de amigas, a las que, en comparación, se veía muy pequeñas.*

*Parecían Blancanieves y los siete enanitos a punto de tomar el té con tacitas de juguete.*

Por cierto, que Carmencita no tardará mucho en admitir la triste realidad:

*—Se creía que casándose con la nieta de Franco lo iba a tener todo chupado, y no*

*ha sido así.*

*—¿Y el… caudillo qué dice?*

*—¿El abu? Cuando habla Alfons, no lo escucha, y sin embargo no se le caen de la boca los Juanitos… —Con satisfacción añadía—: ¡Y a Alfons le da un parraque cada vez que los nombra!*

*Los Juanitos eran Juan Carlos y Sofía, y Carmen opinaba con infantil inconsistencia y cierto espíritu vengativo:*

*—Alfons me dice que no los trate porque son nuestros rivales, en el trono, ¿sabes?, pero a mí me caen bien.*

Luis se relaciona (manera de hablar) con gentes de la farándula a las que envidia…

*Una vez en Asturias le tiraron una gallina al escenario y Luis estuvo enfermo una semana. Pero enfermo de verdad, con fiebre y diarrea. Solo se curó cuando Fernando averiguó que en el mismo escenario a Serrat le habían arrojado huevos podridos y un televisor viejo y a Patxi Andion un cerdo mediano.*

\*\*\*

*Sí, Serrat era un ídolo en toda Hispanoamérica. Luis a solas, muy a solas, reconocía:*

*—Hace bonitas canciones —se iba al espejo, se miraba de frente, de perfil, ponía los ojos a media asta, se chupaba las mejillas y se repetía una y otra vez—, pero no tiene mi carisma.*

*Cobraba por diez días de actuaciones diez mil dólares, Joan Manuel seis veces más.*

… o desprecia.

*Luis se dio cuenta de que los habían puesto con los convidados de segunda, empezó a protestar:*

*—Coño, para eso que no te inviten.*

*Y todavía se disgustó más cuando vio aparecer a Carmen Sevilla y su marido Augusto Algueró, ¡y a Lola Flores! (…)*

*Luis, que estaba tomando un vino y hablando con el esquiador Paquito Fernández Ochoa, que también llevaba capa, observó [a Muriel y Lola] con inquietud, y sin mucho disimulo le susurró a su mujer mientras trataba de apartarla del*

*grupo:*

*—No hagas corro con ella, que no quiero salir mañana a su lado en las revistas.*

*Pero una impertérrita Lola señaló a Luis y a Paquito, engarfió los dedos, desorbitó los ojos y dijo con su voz profunda de fumadora empedernida:*

*—Uh, qué miedo, los vampiros de Düsseldorf.*

**LOS TEMAS**

Ésta es la historia de un amor que acabó en desamor. De una niña timidísima y de cómo se hizo mujer celebérrima. De un cantante con poca voz que susurró al oído del mundo. Los vaivenes de su relación y las constricciones de su tiempo son materia principalísima de atención.

**Los primeros escarceos amorosos**

Porque estamos en la España de principios de los 70.

*Aunque ella les contaba remilgadamente a sus amigas que «no parece artista, es muy educado», lo cierto es que Luis quería más y no se contentaba con unas caricias disimuladas debajo de la mesa. Como típico producto de su época, le gustaban las chicas vírgenes pero hacía todo lo posible para que dejaran de serlo y con esa brutalidad propia de su género seguía la máxima de «prometer hasta meter y una vez metido, olvidar lo prometido».*

**La construcción de un mito**

Porque Luis está al inicio de su carrera…

*Todo lo había organizado el representante y jefe de publicidad Enrique Herreros, que repetía «a la prensa hay que alimentarla, que ella nos alimenta a nosotros», y lo que en un principio era una catástrofe, ¡que el latin lover por excelencia, el ídolo de las españolas se casase!, al final fue la mejor promoción, portada en todas las*

*revistas, «además, esa chica oriental es muy mona y queda muy bien en las fotos». Y luego le había dicho a Luis, «y acuérdate de que tu lado bueno es el izquierdo». (…)*

*Era el mismo Herreros que, cuando uno de sus representados, Juan Luis Gallardo, llegaba de América, le hizo vendarse los ojos con un pañuelo en el avión y explicó a los periodistas, «¡se ha quedado ciego!».*

**La soledad**

Porque la vida de la mujer del artista está plagada de ausencias…

*Muriel estaba en la habitación sin saber qué hacer, se había cepillado el pelo (cien veces), se había maquillado y desmaquillado, se había probado diferentes combinaciones de ropa, los pantalones con la chaqueta azul marino, aunque Luis la prefería con falda, el vestido de flores, aunque a Luis le parecía un poco escotado, el traje chaqueta que le había regalado tía Daisy, con tacones porque a Luis el zapato bajo no le gustaba; se miraba en el espejo con ojo crítico, el rostro se le había redondeado con el embarazo y la nariz no le acababa de gustar, tenía un poquito de caballete, cogió un espejo de mano y se miró de perfil. Se subió la nariz con el índice, así, respingona estaría mejor, como la de Carmencita, que se acababa de operar.*

*Suspiró. Miró a su alrededor. Había leído Papillon, que en realidad era de Luis, porque no le gustaba que leyera novelas verdes, aunque él tampoco la había leído, porque no tenía paciencia para ir más allá de la segunda página, se había duchado, se había untado el cuerpo con crema y se había vuelto a cepillar el pelo (cien veces más). Se tendió artísticamente en la cama con un hombro del sugerente camisón bajado y la melena cayéndole en cascada sobre la almohada. La pierna doblada, la boca entreabierta, los ojos semicerrados… Al cabo de media hora le cogió un calambre en el muslo y se levantó.*

**La infidelidad**

Porque Luis fiel, lo que se dice fiel, no es…

*Aunque Muriel aún no supiera nada, aunque ni lo sospechase siquiera, la verdad es que Luis solo le había sido fiel durante su viaje de novios en Canarias. Después, en cada sitio al que iba a actuar, una muchacha entre todas, la más guapa, merecía su atención. Luis la señalaba:*

*—Esa, que venga al camerino.*

*La chica estaba dispuesta a entregarse en el acto, alguna vez incluso ella ya estaba desnuda cuando él llegaba, pero eso no le gustaba a Luis, la miraba con irritación y la despedía sin ambages. Aunque fuera de forma muy abreviada, él quería recrear todo el ritual de la seducción. Un poco de charla, algún piropo, una copa, unas miradas intensas, un beso apasionado, un recorrido rápido por su cuerpo y después, solo después, el sexo. Claro que todo el proceso podía durar un cuarto de hora.*

**Los celos**

Porque, como todos los correfaldas, Luis es celoso y posesivo…

*¿A ti te parece normal que una mujer casada y con tres hijos, con el marido partiéndose los cuernos en Venezuela para alimentarlos, se vaya a tomar una copa? ¿Estamos locos o qué? (…)*

*—Se ha acabado, ¿me oyes?, se ha acabado, ni salir ni hostias, tú en tu casa. Te voy a llamar a horas distintas y quiero que estés en casa, ¿me oyes?, que te pongas siempre.*

*Colgó.*

*Había gritado tanto que Fernando Abad, que ocupaba la habitación contigua, tuvo que levantarse para cerrar del todo la puerta de intercomunicación. No quiso mirar dentro del cuarto de Luis, donde una rubia sentada frente al espejo se peinaba parsimoniosamente su melena rizada. Estaba desnuda, completamente desnuda de la cabeza a los pies.*

Por si no ha quedado claro, en otro momento el artista lo explicita:

*Mira, yo soy como un hombre de las cavernas que lleva el dinero a casa, y tú solo*

*has de tener la cueva en buenas condiciones y cuidar a las crías. Y dándome placer como solo tú sabes dármelo.*

**La zalamería machista**

Porque como buen cavernícola sentimental, Luis es un pegajoso:

*—Si no sintiera este amor tan grande por ti, ¿cómo podría hacer canciones con tanta añoranza y tanta emoción? Joder, no soy una máquina, me inspiro en nosotros.*

*Muriel se quedó sin palabras y se dio cuenta de que Luis, en ese momento, pensaba que era sincero. En realidad era como un niño creyéndose sus propias mentiras.*

*Suspiró con desaliento.*

**El matrimonio como destino en lo universal**

Porque más vale pájaro en mano que ciento volando…

*Me he dado cuenta de que lo mío es el matrimonio y la familia. He probado otra forma de vida, pero no me llenaba, ¡es muy cansado ser una fresca! Este último año he salido más y he conocido a más gente que en toda mi vida, me lo he pasado bien, es divertido pensar que parpadeando lentamente, sin hablar y sonriendo un poco, los hombres caen como moscas.*

Para entrevistas con la autora contactar con Isabel Santos

(91 423 03 33 / 606 564 737 o isantos@planeta.es)

**Ficha técnica:**

Publicación: 4 de octubre de 2016

Páginas: 288

Precio: 20.90 €